

Racionalismo y Misticismo: Una lucha con final inesperado

(Jugando ajedrez conmigo mismo)

Francisco Miró Quesada C.
Filósofo.

BERTRAND: No hay duda que, gracias al rigor intelectual de la filosofía racionalista, la teología ha sido definitivamente aniquilada.

JACOB: ¿Qué es lo que quieres decir con eso? Porque grandes filósofos como Descartes y Leibniz estaban convencidos de que la existencia de Dios podía probarse racionalmente.

BERTRAND: Lo que quiero decir es que, por medio del pensamiento racionalmente fundado, se ha demostrado que es imposible demostrar la existencia de Dios. Para mí **racionalismo** significa que el único criterio de verdad es la justificación racional. En este sentido Kant es tan racionalista como Descartes y Leibniz. Pero hay un **Racionalismo** con R mayúscula y un **racionalismo** con r minúscula. Los Racionalistas creían que, por medio de la razón, se podía probar la existencia de Dios y llegar a un conocimiento definitivo de la realidad. Pero el rigorismo progresivo del análisis racional avanza de manera avasalladora a través de la historia. Por eso sabemos, hoy día, que el conocimiento racionalmente fundado de la realidad sólo puede darse en forma de hipótesis que se van confirmando poco a poco mediante corroboraciones empíricas. Y cuando estas corroboraciones no casan con lo previsto, las hipótesis deben reajustarse y, a veces, cambiarse radicalmente. Esta actitud crítica de la razón consigo misma y la elaboración de hipótesis explicativas y predictivas sobre la realidad, es lo que llamo racionalismo con r minúscula.

JACOB: Pero la imposibilidad que mencionas es también negativa. Es, asimismo, imposible demostrar la inexistencia de Dios. De manera que la teología sigue

teniendo sentido. Consiste en el análisis del significado que tiene Dios para el ser humano y en el estudio de los problemas que se presentan cuando se intenta conocer las relaciones del hombre con Dios. Estoy pensando, por supuesto, en la teología racional, llamada impropriamente “teodicea” por Leibniz. La razón humana no es solamente útil para conocer la realidad; puede ser aplicada también para pensar sobre la verdad sobrenatural y para esclarecer la relación del hombre con Dios.

BERTRAND: Te equivocas. El error garrafal de la teología es, precisamente, el intento de aclarar dicha relación. Porque, si Dios existe, es imposible comprender la existencia del mal y de la libertad. La existencia del mal contradice la existencia de un ser omnibenevolente. Y la existencia de la libertad contradice la existencia de un ser omnisciente. Todo esto se ha discutido sin fin y sin salida.

JACOB: El mal es un riesgo de la libertad. Cuando Dios creó al hombre le confirió la más alta condición existencial, la libertad. Por eso es imposible ser libre sin tener la posibilidad de una conducta malvada.

BERTRAND: Tu argumentación queda destruida por las siguientes consideraciones. En primer lugar, como acabo de decir, por que la omnisciencia divina hace imposible la libertad. En segundo lugar, el mal del mundo, con libertad o sin ella, no puede justificarse bajo ningún respecto. La teología es, como vemos, contradictoria, de manera que es en vano.

JACOB: La contradicción no se opone a la racionalidad. Reconozco que la teología clásica es contradictoria y que, a pesar de todos sus esfuerzos,

no pudieron superar la dificultad. Pero ahora existen nuevos tipos de teología que muestran la posibilidad de incluir la contradicción sin que se anule el sistema.

BERTRAND: Sé por qué lo dices. Estás pensando en los sistemas teológicos al estilo de Plantinga y de Peña. Plantinga intenta demostrar que, aunque Dios no pueda conocer por anticipado la conducta de una persona es, sin embargo, omnisciente; y que, a pesar de no poder crear un mundo en el que todas las acciones humanas sean predecibles, es omnipotente. En el sistema de Peña, se reconoce, sin ambages, que la concepción teológica de Dios es contradictoria y, para evitar el colapso (en términos técnicos, la "trivialización") de una teoría, hay que utilizar una lógica borrosa paraconsistente. Sobre esta base, utiliza el axioma de separación de la teoría de los conjuntos⁽¹⁾.

En el primer caso, como sostiene el mismo Plantinga, es inevitable introducir el principio de la depravación mundanal, según el cual la libertad no puede existir si cada individuo no tiene la propiedad de que algunos de sus actos sean malvados. Y esta doctrina es puramente *ad hoc*. El principio de la depravación mundanal se introduce para mostrar que Dios no puede crear un mundo en el que toda persona sea siempre bondadosa. Y en el sistema de Peña, la limitación del principio de separación es, también, totalmente *ad hoc*. Si no se hace esto, Dios tendría todas las propiedades de los seres humanos y el sistema se derrumbaría (resultaría trivial).

Los sistemas de Plantinga y de Peña son intelectualmente brillantes y abren nueva trocha en la historia de la teología: la vía de la teología analítica en la que deben ser considerados, como pioneros, los aportes de Salamucha y, luego, los de Bochenski-. Pero nada nos dicen sobre las relaciones entre el hombre y Dios. No pueden probar la existencia de Dios y nada nos ofrecen para comprender por qué Dios creó al hombre. Y tampoco nos ofrecen nada para hacernos entender la existencia del mal, tanto físico como moral. El sufrimiento de los inocentes es el ariete que destruye la teología cristiana, inclusive la analítica.

JACOB: De ninguna manera, mi amigo, la Teología

tiene un arma secreta. La formidable prueba de la existencia de Dios creada por Kurt Goedel, el más grande lógico de todos los tiempos (junto con Aristóteles).

BERTRAND: Lo siento mucho, pero esa prueba que es, sin duda, la hazaña de un genio, tiene una limitación insobrepasable, presupone la consistencia del mundo. Y el mundo, como saben los teólogos y, sobre todo, los místicos, es contradictorio. El cusano mostró esto hace siglos. De manera que rechazo la prueba de Goedel basándome en la refutación por contraejemplo.

JACOB: Bueno, tal vez. Pero tu argumentación no me arredra, porque tengo otra arma secreta más poderosa que el argumento de Goedel.

BERTRAND: No me digas. Me gustaría saber a dónde estás apuntando.

JACOB: Por supuesto, te lo diré. Pero antes quiero que sepas que debido, precisamente, al poder del análisis racional, grandes teólogos modernos, como Bochenski, que es uno de los grandes creadores de la teología analítica, han llegado a la conclusión de que lo único importante para el cristiano es la fe en Dios. No es de extrañarse que uno de los grandes creadores de la filosofía analítica conceda sólo una importancia secundaria a su obra. Por eso, la posición del cristiano es inexpugnable. La fe resiste cualquier terremoto, ya físico, ya sea teórico. El cristiano sabe que su alma nunca morirá, mientras que el racionalista está completamente perdido en el abismo sin salida de su muerte. Después de todo, para un auténtico cristiano, la teología racional no tiene mayor importancia. Sólo le importa la teología religiosa porque ofrece salidas reales al creyente. Tú, el racionalista, estás condenado a muerte por tu propia razón que tanto admiras. Yo, el cristiano, soy eterno.

BERTRAND: Te equivocas al considerar mi muerte. Porque basta un simple argumento lógico para demostrar que yo tampoco moriré. Psicológicamente, para que algo suceda a una persona, ésta tiene que darse cuenta de que, efectivamente, algo le sucede. Pero el que está muerto no puede darse cuenta de que

(1) Rogamos al amable lector, perdonar que hayamos usado nombres aparatosos que tienen por efecto asustar al lector no especializado, e inducirlo a abandonar la lectura de lo que sigue.

lo está pues, si se diera cuenta de que está muerto, por definición, estaría vivo. Por eso, psicológicamente, nunca moriré. Estar muerto es exactamente lo mismo que antes de nacer. No es posible tener ninguna experiencia del propio nacimiento pues, para tenerla, se necesitaría estar vivo antes de nacer. De la misma manera, para tener la experiencia de la muerte se tiene que estar vivo después de la muerte. *Ergo*, sólo muero para los otros, pero no para mí. Mi conciencia es como una mónada autosuficiente no leibniziana (ya que puede comunicarse con los otros), no tiene ni principio ni fin.

JACOB: Tu tesis es lógicamente rigurosa pero no sirve de nada, porque aunque no puedes tener conciencia de tu muerte, tienes una angustiada conciencia de tu finitud. Tienes conciencia de que tu vida es limitada. Puedes utilizar toda la lógica del mundo, pero no puedes eliminar el hecho de que nunca vivirás en el año 2555 de nuestra era. Aunque es cierto que no puedes tener la experiencia de estar muerto te percatas, aunque no quieras, de algo mucho peor, que te es absolutamente imposible tener las experiencias que otros tendrán en el futuro. Tener conciencia de que morirás de todas maneras es morir bastante, y tener la experiencia de que te estás muriendo es peor que la muerte misma.

BERTRAND: Reconozco que puede ser, efectivamente, así. Pero tengo una compensación maravillosa que me salva de la angustia y del miedo. Vivo mi libertad de manera absoluta. Sé que no estoy predeterminado por la omnisciencia divina, que no estoy esclavizado por la providencia. Elijo libremente la escala de valores que habrán de guiar mi conducta. No tengo que dar cuenta de mis actos a nadie. El creyente, por el contrario, se enfrenta a la muerte con ambigüedad. De un lado, siente su muerte como un tránsito hacia otra vida y pierde así el miedo de morir. Pero, de otro lado, “sabe” que será juzgado. Después de su muerte terrenal tiene que rendir cuenta de sus actos; y el juicio puede ser negativo. Esta posibilidad de condenación es horrible, es como tener una espada de Damocles sobre la cabeza durante toda la vida. El racionalista, en cambio, sabe que nadie habrá de juzgarlo cuando muera; vive ebrio de libertad.

JACOB: Pero la libertad incontrolada barre con

todos los valores. Si no hay valores absolutos, de origen divino, como dice un personaje de Dostoiewski, todo está permitido. El nazi es tan libre como el místico para vivir su propia vida; el *gangster* tiene el mismo derecho que el héroe para elegir su tabla de valores. Desaparece todo fundamento moral. Nadie puede ser juzgado por los otros.

El místico nunca ha contribuido a mejorar el mundo; en cambio el racionalismo ha sido el gran motor de la humanización de la historia.

BERTRAND: Precisamente, la grandeza de la ética racionalista se funda en esta situación. No hay ninguna razón para que el ser humano se comporte de manera racional. Pero se puede escoger esta conducta. Elegir el camino de la razón conduce al establecimiento de una sociedad en la que debe respetarse la libertad de todos los ciudadanos, en la que toda persona pueda desarrollar al máximo sus cualidades potenciales. Para seguir esta senda, el que ha elegido la razón debe superar su voluntad de dominio, debe luchar para que todo hombre sea tratado como fin y no como un medio.

JACOB: De manera que estás diciendo que, en nombre de la razón, debes proceder de manera irracional, puesto que has reconocido que no hay ninguna razón que impela a conducirse racionalmente.

BERTRAND: Por supuesto. Y por ello mismo, elegir el ideal de vida racional es un acto grandioso de altruismo. Porque nadie puede imponer a otro el deber de seguir a la razón pero, no obstante, hay personas que deciden seguirla. Y para seguirla hay que renunciar al egoísmo. El camino de la razón es el máximo reconocimiento humano, es el verdadero humanismo. El cristiano, por el contrario, hace su elección impulsado por el terror de la muerte. Hay así, un residuo ineliminable de egoísmo en su conducta. El racionalista, por medio de su elección, avanza hacia la libertad y el altruismo; el cristiano huye de la muerte y asume su condición por temor.

JACOB: Hablas por hablar, porque no conoces el verdadero significado de ser cristiano. El místico no

tiene miedo de ninguna muerte, no persigue ningún fin que no sea Dios. No está interesado, como he dicho, en la teología racional. Ni siquiera está interesado en demostrar que su situación es superior a la del racionalista, ni a ninguna otra. Y menos aún en una discusión como la que tenemos en este momento. He tenido la paciencia de escucharte porque soy cristiano y el cristiano debe ser caritativo. A mí, lo único que me interesa es acercarme a Dios todo lo posible, contemplarlo, ser iluminado por su luz.

BERTRAND: Entonces eres egoísta, pues si lo único que importa es la visión de Dios, quiere decir que no te importan tus semejantes.

JACOB: Tus palabras revelan que ignoras por completo la experiencia religiosa. Para un cristiano esta experiencia consiste en asumir libérrimamente la voluntad de Cristo. Y esto significa que su existencia está orientada por la caridad. La caridad consiste en la entrega de la voluntad humana a la voluntad divina. En esta entrega, el afán de salvarse desaparece por completo. Sólo aquéllos que son capaces de renunciar a todo fin egoísta para seguir los designios de Dios no piensan en sí mismos. Este es el sentido profundo, tal vez el más profundo de todas las enseñanzas del Evangelio, “quien quiere salvar su alma la perderá”. La salvación sólo puede alcanzarse a través de la caridad. Y esto quiere decir que no puede lograrse sino a través del sacrificio por los demás. Pero este sacrificio no se hace con miras a la salvación. Es la consecuencia del amor de Dios, de estar cada vez más de acuerdo con su voluntad.

BERTRAND: Pero la entrega a Dios y la salvación sólo pueden lograrse por medio de la gracia divina. Y en este caso, la entrega significa una dependencia absoluta, es decir, la aceptación anticipada de la voluntad a la cual nos hemos entregado. Vemos, así, que el cristiano no resuelve nada. Porque hasta la posibilidad de acercarnos a Dios, de contemplarlo, depende de una voluntad gratuita. Nunca puede estar seguro de que las experiencias que está viviendo sean auténticamente religiosas. ¿Cómo puede saber que se está realmente aproximado a Dios si nunca podrá saber que ha sido favorecido por su gracia?

Si la salvación, incluso en sentido místico, depende de la gracia de Dios, es imposible saber si un *gangster*

será o no será salvado. Llegamos, por este camino a la misma situación que tanto criticaste respecto de las tablas de valores, cualquier tabla es equivalente a cualquier otra. Porque si la maldad del malvado fuera un signo de su condena, entonces Dios estaría predeterminando la conducta humana y la libertad no existiría.

JACOB: Esto no tiene ninguna influencia en la conducta del místico. Porque sabe que hay un Dios de amor y compasión, y este saber es exactamente lo mismo que la decisión de asumir la voluntad de Dios. Al vivir esta insondable entrega, el místico vive plenamente su condición humana; asciende a la cumbre más alta de la existencia terrenal; se torna invulnerable al miedo del sufrimiento y de la muerte.

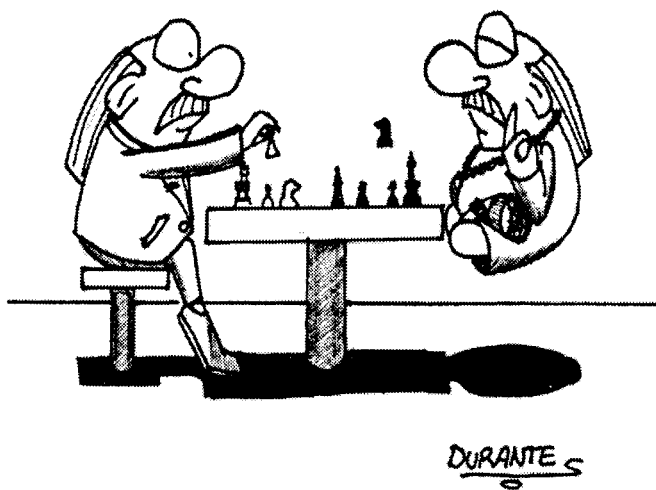
BERTRAND: Lo que afirmas puede ser cierto. Pero el místico está inevitablemente condenado a la angustia. Porque, si la voluntad de Dios es gratuita, entonces algunos de sus semejantes pueden ser condenados a no ver nunca a Dios, es decir, al infierno. Y si la caridad es el verdadero camino para seguir la voluntad de Dios, vivirá angustiado ante la posible condena de sus semejantes.

JACOB: El místico no piensa en estas sutilezas. Simplemente, vive en profundidad su entrega a Dios, la vive en plenitud.

BERTRAND: Pero, ahora vemos nuevamente que es egoísta puesto que resulta indiferente al destino de sus semejantes. Puede aceptarse que los hombres de bien se salvarán. Pero si existe el mal tendrá que perderse por lo menos un ser humano pues, de otra manera, no podría ya distinguirse entre el bien y el mal. La condena, dejando de lado el infierno mitológico, consiste en la imposibilidad de estar cerca de Dios, después de la muerte. La condena es un mal absoluto que sufre por lo menos algún semejante, tal vez varios, tal vez muchos. ¿Cómo puede el místico sentirse tranquilo, incluso feliz ante esta terrible posibilidad? El hecho de ser un místico no eleva su condición humana.

JACOB: No es así, porque el místico puede siempre tener esperanza. Puede esperar que, aunque la salvación sólo pueda alcanzarse a través de un acto gratuito de la voluntad divina, sea posible que todos los seres humanos, a la postre, sean salvados. El que

no tiene ninguna esperanza es el racionalista. Porque aunque afirma, valiéndose de bizantinismos lógicos, que ha resuelto el problema de su propia muerte, es totalmente incapaz de evitar el sufrimiento causado por la muerte de los seres que ama.



La existencia de los otros es más importante que la propia, porque nuestra felicidad y nuestro sufrimiento dependen, en alta medida de ellos. Sin la presencia de los seres que amamos la vida se asemeja al desierto. Sin ellos no somos nada y el racionalista “sabe” que los perderá algún día. La única solución para él es morir antes que ellos. Pero es imposible. Para que lo fuera tendría que suicidarse. Y esto sería tan estúpido como egoísta, pues para evitar su propio sufrimiento causaría el peor de los sufrimientos a sus seres queridos. El racionalismo conduce, así, a una situación contraria de la que quiere superar.

BERTRAND: Todo tu razonamiento se basa en algo que no puede ser probado, que la muerte es inevitable. Esta creencia está basada en textos bíblicos de origen mitológico. Debido a la desobediencia de Adán y Eva hemos sido condenados a la muerte inevitable. La muerte sólo podrá desaparecer con la culminación escatológica de la historia. Pero esta creencia no tiene fundamento porque la ciencia moderna ha mostrado que es posible prolongar la vida a través del tiempo.

JACOB: Lo que dices es sólo un ejemplo del ingenuo orgullo de la razón humana, creer que es

todopoderosa. La certeza de la muerte es, de todas las evidencias, la más fuerte.

BERTRAND: Hasta ahora sí, pero descubrimientos científicos recientes sobre el código genético, muestran que la vida humana puede ser prolongada indefinidamente. El envejecimiento y la muerte se deben a la deterioración del código genético. No está claro todavía cuál es el mecanismo que produce este deterioro. Pero no hay ninguna razón que nos induzca a pensar que es imposible controlarlo.

JACOB: La vida de cada especie, de acuerdo a los resultados que mencionas, está predeterminada por el código genético. Cada especie tiene sus días contados. No es posible evitar la muerte pues, en este caso, cada individuo tendría una duración de vida imprevisible. Puede haber algunas diferencias entre individuos de la misma especie, pero dentro de un margen muy reducido.

BERTRAND: No es tan seguro que la vida esté predeterminada por el código genético. Mas por mor del argumento, aceptamos lo que dices. Si es así, sería entonces posible alterar los procesos bioquímicos que caracterizan el funcionamiento del código y el resultado sería la prolongación de la vida. Este procedimiento se ha aplicado ya a ciertos tipos de microorganismos como el de la *escheriquia coli* y otros más. El resultado ha sido espectacular, se han cambiado diversos rasgos constitutivos de la especie.

Por supuesto, si el código genético es el de un organismo más evolucionado, la cosa es mucho más difícil. Pero, en principio, podemos hacerlo. Y estoy seguro que se hará en un día no demasiado lejano.

JACOB: Estás olvidando otra teoría, que el deterioro del código se debe a los “errores cuánticos”. Estos errores están presentes en toda reacción química, y su acumulación produce el decaimiento del código genético. No veo cómo se podrían controlar estos errores.

BERTRAND: Y yo no veo por qué no. Una vez que se conozcan los dinamismos que producen los errores cuánticos, en principio, se pueden controlar. Para poder hacerlo hay que utilizar, desde luego, tecnologías muy refinadas. Pero estas tecnologías ya se están constituyendo; por ejemplo la aplicación del efecto túnel permite influir sobre el desplazamiento

de los electrones individuales. En los actuales momentos está naciendo una nueva ciencia, la monoelectrónica. Su finalidad es el conocimiento de la manera cómo se puede influir sobre los electrones individuales para dirigir su movimiento.

JACOB: Es imposible tener la seguridad de que todo esto es cierto. Pero, en todo caso, se trata de una posibilidad remota, muy alejada en el futuro. De manera que tú y los seres que amas morirán en forma inevitable. Estás irremisiblemente perdido.

BERTRAND: Sí, lo estoy. Pero esta imposibilidad de esperanza confiere sentido a mi vida y realza la dignidad del racionalista. Sí, moriré más, por eso mismo dedico mi vida al progreso del conocimiento para alcanzar la meta final, la escatología racionalista: que la vida terrenal no tenga término. Lucho y me esfuerzo por y para los otros. Sin esperar nada para mí. En cambio ¿seguirías tú siendo místico si algún día llegaras a la conclusión de que Dios no existe?

Paradójicamente, el ideal racionalista conduce hacia un altruismo más profundo que el religioso. Lucha, sin esperanza, por los demás.

JACOB: Digas lo que digas, nunca el hombre podrá llegar a la vida terrenal eterna. Supongamos que el código genético pueda controlarse como supones. Siempre existiría la muerte debido a algún accidente. Y por lo mismo que la vida pudiese prolongarse indefinidamente, la muerte sería mucho más horrible de lo que es ahora. La desaparición de un ser querido sería mucho más dolorosa puesto que él o ella pudieron vivir para siempre.

BERTRAND: En un mundo tecnológico realmente avanzado nadie se enfermaría y los accidentes podrían evitarse. Los vehículos serían tan perfectos que los choques serían imposibles. El corazón, el cerebro podría reconstituirse por completo.

JACOB: Vaya, vaya, estás haciendo ahora *science fiction* barata. Este es el final de todo racionalista. El racionalismo es utópico y la ciencia-ficción es la ridícula apoteosis de la utopía. Y hablando de ciencia-ficción, creo que ha llegado el momento de sacar otra de mis armas secretas. Consiste en una sola palabra: fractales.

BERTRAND: ¡Lo sabía! Podría haber apostado millones a que tu arma secreta sería la geometría de los sistemas dinámicos complejos.

JACOB: Sí, lo es. Es imposible contemplar las evoluciones, las formas y los colores de los conjuntos de Mandelbrot y de Julia, sin creer en Dios. Superan todo lo humano.

BERTRAND: Sí, es imposible.

JACOB: ¡Aja! ¡Te rendiste! Por fin, mi amigo. Después de todo no eres tan orgulloso como creía.

BERTRAND: De ninguna manera, no me he rendido en absoluto, por que el Dios que revelan los fractales es el Dios del panteísmo. *Touché!*

JACOB: Nuevamente te equivocas. El verdadero misticismo está cerca del panteísmo.

BERTRAND: Por supuesto, sólo que está mucho más cerca de lo que tú crees. Por eso, el misticismo que no culmina con la fusión entre el individuo y el gran todo, como el cristiano, no es auténtico.

JACOB: Y yo creo que tú no eres auténtico racionalista. Estás demasiado preocupado por la felicidad de los demás. Pero el racionalista es frío. Por más racionalista que sea una persona, no puede extraer amor de su razón. El amor no es racional, la razón no es amorosa. Por eso el racionalista cae siempre en las utopías. No le complace manejar cosas concretas, sólo lo atraen mundos lejanos y asépticos.

BERTRAND: La historia es la realización progresiva de las utopías. Acabar con la esclavitud fue una utopía y ahora ya no hay esclavos. Terminar con la peste fue una utopía y ya no hay más peste. Y ¿Qué me dices de la conquista de la Luna? ¿Y de la Unión Europea? Naciones que se odiaban desde hacía siglos, hoy viven en paz y armonía.

JACOB: Tal vez. Pero, sin embargo, estamos condenados a desaparecer porque nuestro sol terminará por apagarse o explotará como una nova, y todos moriremos. El principio de entropía, descubierto por tu maravillosa razón, nos lo anuncia.

BERTRAND: En cuanto a la muerte del sol, como enana blanca o como nova, seremos capaces de salvarnos viajando a otros planetas que giren alrededor de otro sol. Y en cuanto a la entropía, está ahora en revisión. Sabemos que la materia está siendo constantemente creada en nuestro universo. Sabemos que cuando una estrella está muriendo otra está naciendo. Se está formando mediante la atracción gravitacional del polvo interestelar, especialmente en

los brazos de las galaxias.

JACOB: Nuevamente ciencia-ficción. Pero ni siquiera aceptando lo que dices sobre la creación permanente en el universo podemos tener la esperanza de vida terrenal eterna. Porque, como sabes, el universo se está ahora expandiendo, pero cada vez la fuerza de expansión es más débil, debido a la atracción gravitacional. Y llegará un momento en que la expansión se detendrá para luego comenzar a retroceder. Nuestro universo comenzará, así, a retroceder. Se irá empujando a la velocidad creciente hasta que toda la materia quedará concentrada en un punto, un punto matemático, el punto que era cuando comenzó la expansión. Y todo habrá muerto.

BERTRAND: No tan rápido mi querido amigo, no tan rápido. Porque muy bien sabes que el hecho de que la expansión tenga un límite depende de una sola cosa, que los neutrinos tengan masa. Y hasta el momento no se sabe si la tienen o no. Por más esfuerzos que se han hecho, ha sido imposible probar que la tienen. Todo hace creer, más bien, que no. Y si no la tienen, la expansión seguirá *ad infinitum*.

JACOB: ¡Ahora parece que todo depende de los neutrinos! No me hagas reír. Pensar que la inmortalidad del hombre depende del neutrino es restarle todo sentido a la vida. No se puede reducir el problema de la inmortalidad a un proceso físico y contingente.

BERTRAND: Al contrario. Es a través de estos procesos que la vida adquiere sentido. Porque si es verdad lo que acabo de decir, nuestro destino se torna completamente humano, depende de nuestro poder cognoscitivo. El conocimiento resulta nuestra más alta sabiduría, sólo por medio de él podemos ver con claridad nuestra existencia futura. La religión, en cambio, es incapaz de brindarnos una salida; nos impone una creencia infundada que nunca se puede verificar. En lugar de hacernos felices, nos angustia con el juicio *post mortem*.

JACOB: Cada vez te equivocas más. Al entregarnos a Dios asumiendo por completo su voluntad, no sólo nos liberamos del miedo a la muerte, sino que con la experiencia mística, descubrimos una nueva dimensión de la vida humana. Sólo por la caridad descubrimos que, a pesar de todas las diferencias, la

cercanía entre los hombres existe. Esta es la clave suprema de toda eticidad.

BERTRAND: Eres tú el que no has comprendido el significado de mis palabras. Porque el ideal de vida racional no significa de ninguna manera negar el valor de los otros. Al revés, nos lleva a sentirlo y a proclamarlo. La esencia de la conducta racional consiste, como ya he dicho, en renunciar a la arbitrariedad o, lo que es lo mismo, en el rechazo de toda voluntad de dominio. Considerarse un racionalista y tratar de imponer nuestras decisiones por la fuerza es una *contradictio in terminis*. Una sociedad racional es una sociedad de la cual ha desaparecido la arbitrariedad, en la que ya no es posible la injusticia, ni la opresión, ni la explotación. Es una sociedad en la que, como dice Kant en sus inmortales máximas, toda persona es considerada como un fin en sí mismo y nunca como medio o instrumento, todo ciudadano es legislador y súbdito; y las decisiones se toman por consenso. Es por eso que, en una sociedad racional, el individuo adquiere toda su significación e importancia.

JACOB: Pero el reconocimiento del otro es, precisamente, la esencia de la religión cristiana. Y no hay otra manera de alcanzar este reconocimiento sino por la asunción radical de la voluntad de Dios.

BERTRAND: El reconocimiento del otro es también la esencia de la concepción racionalista de la vida.

JACOB: Pero, entonces, en último término coincidimos.

BERTRAND: Sí pero con una diferencia insobrepasable. El místico nunca ha contribuido a mejorar el mundo; en cambio el racionalismo ha sido el gran motor de la humanización de la historia. Los racionalistas, los *libres penseurs*, son los que han luchado por la libertad política, los que han abogado para hacer menos cruel la vida en los manicomios, en las prisiones; gracias a ellos, la pena de muerte ha sido derogada en la mayoría de las sociedades democráticas. Son los que han luchado, muchas veces, con peligro de sus vidas, contra la injusticia y la prepotencia de los poderosos; y los que han propuesto nuevos modelos sociales para que sus semejantes puedan realizarse con mayor plenitud.

JACOB: Sí, pero han hecho todo esto en el reino

abstracto de las ideas, sin verdadero contacto con el sufrimiento. Han abogado contra la pena de muerte, pero ninguno de ellos se ha acercado a un moribundo para consolarlo. La madre Teresa es más humanista que todos los racionalistas juntos. La verdadera humanización es el contacto directo con los que sufren, no la elaboración de ideas abstractas, hecha por un intelectual cómodamente replantigado en un sillón de su escritorio. Ser humano es ser capaz de dar la mano a un leproso, resistir el olor nauseabundo de las pústulas, perderse en las barriadas para ayudar a los pobres. Ser humano no consiste en hacer silogismos, sino en ayudar a los que sufren, en sufrir con ellos.

BERTRAND: Reconozco que el místico es capaz de hacer sacrificios para ayudar a sus semejantes y que sólo él es capaz de hacerlos. Pero espero que tú reconozcas que estos sacrificios no son suficientes para eliminar la injusticia, la opresión y el sufrimiento del planeta. Esta suprema finalidad sólo se hará mediante la transformación racional de la sociedad.

JACOB: Lo reconozco. La acción del racionalista puede ser útil para mejorar las condiciones de vida de la humanidad. Pero sólo hasta cierto punto. Para alcanzar la más alta condición de la vida humana, tenemos que crear un mundo de amor. La plena realización de la existencia sólo puede alcanzarse en el amor. Con el amor a Dios, que es amor por los hombres.

BERTRAND: Bueno, supongo que el sufrimiento se debe tanto a causas objetivas como subjetivas. El

racionalista se enfrenta a las objetivas, el místico a las subjetivas. Parece que, en la lucha contra el sufrimiento, el racionalismo y el misticismo son complementarios.

JACOB: Sí, pero el misticismo y la religión calan más hondo en el problema del sufrimiento y la liberación. Porque, como dice Pascal, el corazón tiene razones que la razón no conoce.

BERTRAND: Claro, frase famosísima. Pero es tal vez lo contrario, la razón tiene sentimientos que el corazón no siente. Mas, sea como sea, ambos buscamos lo mismo, superar el sufrimiento y la muerte, humanizar la historia.

JACOB: Y además, no debes olvidar la primera frase del Evangelio de San Juan.

BERTRAND: ¡Maravilloso!, siempre y cuando traduzcas *logos* por razón.

JACOB: Y ¿Por qué no?, si tanto te interesa, ¿Por qué no?

BERTRAND: Si tu aceptas esta traducción, yo aceptaré que *logos* significa **verbo**.

JACOB: Entonces ¿por qué nos enfrentamos?

BERTRAND: Cuando comenzamos a polemizar, lo sabía. Pero ahora he perdido el afán de seguir discutiendo.

JACOB: ¡Qué coincidencia!, yo también.

Epílogo.

El místico y el racionalista se dan la mano, se miran a los ojos y, tomados del brazo, siguen su camino. ^{AB}